

<https://doi.org/10.32735/S2735-61752021000183226>

TRES VISIONES SOBRE PORTALES: VIAL, VILLALOBOS Y SALAZAR*¹

THREE VISIONS ON PORTALES VIAL, VILLALOBOS, SALAZAR

Hernán Delgado Delgado²

hernan.delgado@ulagos.cl

<http://orcid.org/0000-0002-9685-3459>

Universidad de Los Lagos

Osorno, Chile

RESUMEN

El objeto de estudio en cuestión, sirve como excusa para lograr una interiorización historiográfica de los tres autores mencionados en el título: Sergio Villalobos, Gonzalo Vial y Gabriel Salazar, así como lograr, en lo posible, un acercamiento a los autores que podrían haberlos influido en su trabajo e indirectamente al momento de escribir la historia, tomando en cuenta la figura de Diego Portales, independientemente que hayan dedicado o no textos exclusivos sobre su figura y acciones.

En virtud de lo anterior, también debe considerarse que se hará mención a las nociones de historia positiva,³ nueva historia política, nueva historia social y a la prosopografía, las que se desplegarán en apartados particulares o cuando se les llame a complementar otras secciones específicas.

A partir de los tres autores se colegirán categorizaciones⁴ que cobrarán sentido en la excusa que se utilizará para acercarse a su historiografía: que en este caso es el personaje histórico mencionado con antelación, haciendo alusión a lo que han escrito sobre él y cómo lo han hecho y por qué aparentemente han relevado aspectos distintos y diversos de un mismo sujeto, haciéndolo ver como un sujeto histórico en el que confluyen diversas tendencias, a veces, incluso, algo extremas entre ellas.

Palabras claves: Diego Portales; historiografía; historia de Chile; siglo XIX.

ABSTRACT

The object of study in question serves as an excuse to achieve a historiographic internalization of the three authors mentioned in the title: Sergio Villalobos, Gonzalo Vial and Gabriel Salazar, as well as to achieve, as far as possible, an approach to the authors who could have influenced them. In their work and indirectly at the time of writing the story, taking into account the figure of Diego

* Artículo recibido el 4 de septiembre de 2019; aceptado el 19 de diciembre de 2019.

¹ Este artículo es producto del Proyecto Interno Regular R02/16, financiado por la Dirección de Investigación de la Universidad de Los Lagos y cuyo responsable es el autor.

² Profesor de educación media en Historia y Geografía, doctor en Historia.

³ A veces llamada *historia rankeana* o *historia positivista rankeana* o *historicismo clásico*, con un dejo no menor de desprecio o minusvalía, lo que se sustenta con diversa fuerza, dependiendo del autor.

⁴ Estas categorizaciones irán desde lo social, pasando por lo político, hasta lo económico a partir del personaje histórico que hará las veces de intersección entre los tres historiadores.

Portales, regardless of whether or not they have dedicated exclusive texts about his figure and actions.

By virtue of the foregoing, it should also be considered that mention will be made of the notions of positive history, new political history, new social history and prosopography, which will be displayed in particular sections or when they are called to complement other specific sections.

From the three authors, categorizations will be inferred that will make sense in the excuse that will be used to approach their historiography: that in this case it is the historical character mentioned in advance, alluding to what they have written about him and how they have done it and why apparently they have revealed different and diverse aspects of the same subject, making it look like a historical subject in which various tendencies converge, sometimes even somewhat extreme between them.

Key words: Diego Portales; historiography; history of Chile; 19th century.

Introducción

Como se trata de un personaje histórico, el trabajo de estos tres historiadores se centra en un periodo determinado de la Historia de Chile, particularmente entre 1824 y 1837 y en función de los acontecimientos históricos chilenos que rodearon la figura de Portales.

Al final se encontrará una bibliografía relacionada directamente con los historiadores anteriormente señalados y otra complementaria al trabajo mismo.

Por último, se puede adelantar el tema diciendo que la controversia que circunda la figura de Diego Portales ha hecho que cuando los tres historiadores repasan el período histórico en que aquél desarrolló sus actividades, cada cual trata de elaborar una imagen prototípica del mismo, lo que evidentemente tiene que ver con las representaciones que ellos mismos tienen de él y de lo que significó para la historia de Chile. En virtud de lo cual, cada uno de ellos realiza su trabajo historiográfico sustentado en sus propias percepciones y pulsiones creadas a través de su particular crisol intelectual.

La hipótesis consiste en que los tres autores han generado imágenes ideologizadas sobre la figura de Diego Portales, con el interés de proteger el modelo histórico creado en torno a él, aunque no siempre a partir de él como centro.

Este modelo va de la mano con un trabajo historiográfico particular que expone sus pensamientos políticos, así como sus metodologías de trabajo, debido a que ellos se erigen sobre estos aspectos para elaborar una construcción histórica determinada y apegada a sus modelos de estudio.

El problema de estudio pretende esbozar cómo estos tres historiadores nacionales han llevado a cabo su trabajo historiográfico, en este caso a través de la figura de Portales debido a que fue (y sigue siendo) un hombre controvertido, por lo que hablar sobre él genera un interés por indagar cómo estos profesionales de la historia visualizan la imagen de este sujeto histórico del primer tercio del siglo XIX.

El Historicismo Clásico

En cuanto a los tres historiadores ya nombrados, no se puede eludir una mención particular respecto al historicismo clásico y al positivismo, debido a que en algunos de los casos, como se verá en otro momento, algunos de aquéllos (dos de ellos) defenderán una posición inicial en este sentido, lo que no significa que no la muten con el tiempo o que adhieran a otra u otras

vertientes historiográficas en la medida que avanzaban los conocimientos, investigaciones e intereses en torno a nuevos caminos de estudio histórico.

No en vano Leopold von Ranke (Von Ranke, 2011) afirmaba que el historiador debía inhibirse de “juzgar el pasado”, limitándose a “mostrar cómo ocurrieron las cosas en realidad”, eso sí, ello tampoco debía significar que el historiador debía solamente establecer los hechos sin más, ya que la historia debía reconocer “algo infinito en toda existencia... algo eterno que proviene de Dios” (Iggers, 2012).

Von Ranke prescribía, entonces, que el historiador no debía emitir juicios de valor respecto del pasado, para lo que se debía ser muy riguroso en la utilización del método filológico del examen de los documentos. Curiosamente (tal vez no), el historiador Sergio Villalobos coincide con este procedimiento y de hecho lo avala, porque entiende que el objetivo a lograr era justamente la interpretación de los hechos. A pesar de ello, también es justo señalar que el Premio Nacional de Historia 2006, cree, así mismo, que, al igual que lo planteado por el *Círculo de Viena*, la sola inducción de los hechos positivos no es suficiente para llegar a la teorización, pues la verificación de los hechos es la que finalmente entregaría el conocimiento real y verdadero. En todo caso, este historiador nacional tampoco cree que eruditos que dominaban materias diversas, pero sin un afán de efectuar una hipótesis interpretativa, deban ser menospreciados por ello, poniendo como ejemplos a José Toribio Medina y a Crescente Errázuriz, e incluso a positivistas de más estricto rigor como Miguel Luis Amunátegui y Diego Barros Arana (Villalobos, 2007a) (desde donde se podrían coleccionar algunas influencias a lo menos tempranas).

La Nueva Historia Política y la Prosopografía

Evidentemente, el historicismo clásico ha quedado relegado en el tiempo; de hecho, ya a la muerte de Von Ranke, y en los albores del siglo XX, se evidenciaban vientos de cambio.

En la contemporaneidad, han surgido una serie de nuevas vertientes historiográficas, entendiendo que el papel del historiador no debe limitarse a la creación de una narración referida al Estado o a ciertas autoridades desde una perspectiva lineal y sin ambages (historia desde arriba), debido a que ahora se comprende que la historia se refiere eminentemente a una variedad de análisis que hurgan no sólo en el devenir político estricto, sino que también en las motivaciones, intereses, conductas y una multiplicidad de elementos subjetivos que afectan las acciones de los seres humanos y que se deben estudiar a fin de lograr obtener una “radiografía” (a estas alturas es mejor decir un escáner) más detallada del objeto o sujeto histórico relevado.

A partir de lo anterior, se puede decir que la Nueva Historia Política sería la historia del poder y de quienes lo detentan (personas o grupos de diversa índole), particularmente referida a un conjunto de normas, controles y valores políticos, sociales, económicos, etc., pero que serían inseparables de las fuerzas sociales que dicen relación con la organización grupal, existiendo una búsqueda de la “naturaleza social del poder político” (García de los Arcos, 1992), de ahí que un estudio particular sobre un sujeto histórico deba conllevar mucho más que su accionar eminentemente político, debido a que, como ya se insinuó, “la nueva historia política ha de tener como objeto primordial el descubrimiento de las bases socioeconómicas de los fenómenos ligados al poder” (García de los Arcos, 1992), por lo que la sola biografía de los sujetos ya no es suficiente por sí sola como sí lo era en la historia tradicional positivista.

La nueva historia política indaga, igualmente, en las relaciones entre el poder y el derecho, así como en las prácticas y valores al interior de un Estado o nación, lo que va de la mano con la dominación y la legitimación; cuestión que ser podrá apreciar en el trabajo historiográfico de los historiadores mencionados en el título de este avance, específicamente en su forma distinta de enfrentarse al sujeto histórico elegido, puesto que la representación que manifiesten del sujeto,

en este caso Portales, puede apuntar tanto a la ausencia de éste en aspectos determinados – por ejemplo: sociales- y sí aparecer en materias concernientes a lo económico y a lo político; aspectos que otro de los historiadores sí podría tomar y ampliar en el espectro. En este sentido, se pueden mencionar a Jacques Le Goff y a Roger Chartier como autores relacionados a la nueva historia.

Respecto a la prosopografía, considerada ya a estas alturas como un método de la historia, puede indicarse que, como señala el joven historiador Diego Téllez Alarcía, la biografía histórica, la prosopografía, es una herramienta metodológica válida, ya que el individuo estudiado constituye “el hilo conductor hacia problemas generales”, yendo desde lo particular hacia lo colectivo, evidenciando de esta forma, la unión que existe entre aquél y la colectividad o sociedad en la que se inserta y a la cual responden sus actos (Téllez, 2002).

En este mismo sentido, Germán Navarro, señala que a través del método prosopográfico cada vez se recurre más a él para lograr comprender las características de un grupo social complejo o de una sociedad determinada a través del estudio singular o de la reconstrucción de la biografía de una persona (Navarro, 2002) (en la mayor cantidad de sus matices posibles).

Respecto a la prosopografía, cabe señalar que ésta no sólo puede concentrarse en el estudio de las élites o de los personajes más reconocidos al interior de una sociedad, sino que también, al decir de Carlo Ginzburg (2004), puede existir una prosopografía desde abajo que podría extenderse al estudio de grupos que se sublevan en contra del comportamiento mayoritario o dominante, como, por ejemplo, podría darse en el caso del historiador Gabriel Salazar, aunque la profundización de ello quedará para más adelante.

La Nueva Historia Social

Surgida a partir de los trabajos realizados en Inglaterra por historiadores exiliados (entre ellos Gabriel Salazar), y el trabajo de historiadores jóvenes (al año 1985), emerge esta nueva historia social que buscaba empoderar a un “sujeto popular” de un proyecto homónimo, tendiendo a una politización ya no marxista, sino que democrática radical y popular (Fuentes, 2007).

Independientemente de las divagaciones a que pueda llevar el párrafo anterior, Salazar brinda un enfoque distinto para trabajar y tratar temas que antes se veían desde las élites de poder y que ahora él vislumbra desde abajo. Por eso, incluso en sus primeros trabajos (2000),⁵ es posible observar una crítica “de abajo hacia arriba” de personajes históricos como Diego Portales, pero, se insiste, desde la perspectiva de los sujetos sociales y en donde tanto las relaciones sociales como económicas son ámbitos válidos de práctica y producción cultural (en palabras de Roger Chartier, 2006, 2002, 1992) (Fuentes, 2007) y, por supuesto, histórica.

Justamente, la historia social tendría la facultad de aglutinar dimensiones diversas de la vida humana y que no necesariamente provienen únicamente de las élites políticas, económicas, religiosas, militares o de distintas autoridades, sino que serían aquellos sujetos históricos que sólo encontraban eco al ser visualizados como la masa social en la que se operaban los cambios (Fuentes, 2007). Por ello es relevante considerar a este historiador para el caso en cuestión, puesto que cuando él se refiere a la figura histórica de Portales lo hace a partir, usualmente, de los sujetos o grupos afectados por sus acciones políticas o económicas, lo que no le resta importancia histórica, pero no crea la historia desde él, sino que lo considera como pieza relevante del estudio de otros sujetos históricos habitualmente no considerados como protagonistas por otros historiadores más conservadores desde el punto de vista historiográfico.

⁵ Como es el caso de *Labradores, peones y proletarios. Formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX*, o en *Historia de la acumulación capitalista en Chile (apuntes de clase)*.

Esta nueva historia social parece coincidir con la tercera generación de los *Annales* (la *Nouvelle Histoire*), particularmente con la corriente a que dio origen: la historia de las mentalidades, puesto que dentro de las perspectivas que ésta posee, por ejemplo, se encuentra el estudio de sujetos diversos insertos en estamentos, profesiones, clases, minorías, etnias o género, todo ello con una profunda explicación o interpretación de los temas analizados, es decir, centrándose más en el estudio de los problemas que en los hechos aislados e individuales, oponiéndose, claramente, a la narrativa tradicional.

Esta nueva historia social (referida a Chile) parece encontrar una mejor simbiosis con la llamada historia desde abajo, acuñada por Edward Thompson, ya que ella se vincularía directamente con la historia marginal –la que no es la oficial-⁶ y con el concepto de “abajo”, que se relaciona generalmente con el de pueblo, lo que implica dificultades de contornos claros como implícitamente señala Jim Sharpe (1991).

Lo interesante de esta corriente historiográfica consiste en la riqueza con que ha venido a complementar los estudios sobre una gran multiplicidad de aspectos, factores y sujetos o grupos históricos, tal vez sin la pretensión de lograr la utópica historia total, pero sí con un afán de integración en la diversidad.

Diego Portales

La excusa que se utilizará para indagar en tono a la historiografía (Regalado, 2002) de estos tres historiadores, es la figura de Diego Portales, quien perteneció a una familia acomodada de principios del siglo XIX, distinguiéndose en varios aspectos, particularmente el político, en el que algunos historiadores le han asignado un papel de líder y autoridad que llevó al orden institucional y que estableció la senda por la que Chile transitaría hacia el futuro; otros autores, sin desconocer los méritos y la capacidad política de Portales, ahondan en el abuso de poder y en el autoritarismo manifestado por este sujeto histórico.

Así mismo, otro de los roles a que se recurre en torno a la figura de Portales es el social, en donde se hace hincapié en su capacidad para imponer orden y moralidad en el país y, a igual tiempo, disfrutar de una dilatada vida personal. Ello se justifica en lo controvertido del personaje y en lo diverso de sus acciones. Por otro lado, también se ha ahondado en ver al “multiministro” en su faceta comercial y económica, lo que también implica ribetes de discusión debido a su, por un lado, austeridad ministerial personal y, por otro, a su incansable afán de negociante incluso a costa de otras personas o grupos de personas.

Todo lo antes dicho, se entrecruza con diversos aspectos de su vida personal y de su participación política, lo que constituye un caldo de cultivo apropiado para obtener representaciones distintas de historiadores como Sergio Villalobos, Gonzalo Vial y Gabriel Salazar, revisando la forma en que se acercaron al sujeto de estudio, ya sea directa o indirectamente, y a través del uso de ciertas fuentes, metodología, teoría o historiografía utilizada por ellos.

El detalle de las categorizaciones que se emplearán para acercarse al trabajo historiográfico de estos tres historiadores mediante la excusa de Portales, se hará más adelante.

⁶ Aunque aquí se generaría una paradoja en el sentido de que toda historia aspira a ser oficial y ninguna a ser marginal, por lo que no sería extraño que en algún momento una ocupe el lugar de la otra, mudándose el nombre de oficial o marginal. Respectivamente.

Pero, ¿Cuál es el imaginario que rodea al personaje histórico en cuestión? ¿Cuál es su ubicación en la historia chilena? ¿Cuáles sus representaciones más comunes?

No cabe duda que cualquier cosa que se diga en torno a la figura de Diego Portales y Palazuelos será insuficiente, tanto para alegoría como para diatriba. Haciendo una recopilación general de imaginarios sobre su figura, debe señalarse que las primeras que surgen en torno a él son las que aluden a un “padre fundador”, a un prohombre de la construcción de la república. Se hace referencia a él como quien, con brazo fuerte y autoritario, ordenó y facilitó el progreso de Chile; conceptos que durante el siglo XIX estuvieron muy de moda.

En este mismo sentido, cabe decir que no se escatimaron esfuerzos en relevar su figura moral como una persona reservada, melancólico de la familia y marcado por la tragedia (haciendo alusión a su prematura viudez), ante lo cual se enfoca en hacer de Chile un modelo político, económico y social. Ello se sustentaría o cobraría veracidad gracias a los cerca de treinta años en que su figura fue utilizada por los conservadores para erigir sobre este “mártir” de la política las bases institucionales de Chile (1831 a 1861); a lo que se uniría, con posterioridad, desde la década de 1920 en adelante (con breves interrupciones, tal vez ejemplificadas en la República Socialista y luego bajo el gobierno de Salvador Allende) su definitiva consagración como el estadista que era digno de replicar.

No obstante, la figura de Portales también ha cobrado y contado con detractores. De entre algunas de sus críticas, las más frecuentes son las que dicen relación con las excesivas atribuciones que se tomó el ministro. La exacerbación del autoritarismo, del personalismo y del abuso de poder también son calificativos que circundan su imagen histórica. Así mismo, circulan en los libros de historia, las ideas moralizantes y de virtud que Portales representaría como el primer dechado de ciudadano.

Para mayor abundamiento, debe apuntarse también que su capacidad para convencer a las grandes figuras de la época (Prieto, Bello, Egaña, Tocornal, Rengifo, Benavente, etc.) para seguir sus ideas, a lo menos es relevante.

Empero, más allá de la faceta política, Portales también juega en el imaginario público y masivo como el gran comerciante de la época; un esforzado hombre de negocios que, dada su vocación política, decidió vivir en la inopia. Se sabe hoy, por supuesto, que los negocios de Portales nunca fueron prósperos y que se valió de argucias, no pocas veces, para favorecer su propia causa, lo que no ha sido traspasado al público en general, por lo que se sigue manteniendo, en el siglo XXI, este imaginario económico sobre su persona.⁷

Fuera de la faceta política y económica del conocido histórico ministro, también prolifera en el imaginario nacional, la perspectiva social. En este sentido, cuando se menciona su nombre, siempre aflora su relación con las chinganas, la fiesta, el festejo nocturno y la diversión, lo que debe ser una de las pocas excepciones en donde se conocen tantas aristas de uno de las figuras señeras del panteón deífico chileno.

Esto mismo ha originado un mito alrededor de su controversial figura. Para unos la primera de sus facetas es la que debe primar, pues se refiere a lo público, siendo, las otras dos, parte del ámbito personal de toda persona. Para otros, sin embargo, son justamente las últimas dos trazas de su figura, las que desmitifican al personaje histórico y develan al hombre con sus ambiciones y minucias.

⁷ En este sentido las críticas más conocidas son las efectuadas, curiosamente, por Sergio Villalobos en *Portales, una falsificación histórica*; y por Gabriel Salazar en *Diego Portales. Monopolista, sedicioso, demoleedor (Juicio ciudadano a un anti-demócrata)*. Ver bibliografía al final de este artículo.

Lo cierto es que las tres son las vertientes que se han usado para erigir la figura del prócer. Han sido usadas todas para crear una imagen histórica, poética, literaria de él, pero, sin duda, lo relevante es que su figura se ha constituido en una de las más señeras y ha atravesado con éxito el paso inexorable del tiempo (Silva, 1969), sobreviviendo en su misma controversial esfinge.⁸

Referencias iniciales

El sujeto estudiado ha tenido una extensa cohorte de historiadores que se han preocupado de relevar su figura, ya sea por los aspectos positivos como negativos que se pueden desprender de las acciones públicas y privadas que se conocen de él. Ante ello, sólo pueden mencionarse algunos autores que, obviamente, de alguna u otra forma incidirán en la historiografía nacional futura. Así, por ejemplo, Diego Barros Arana, liberal, positivista y oligarca, aunque opuesto al grupo conservador, sostiene una opinión favorable del ministro, particularmente en virtud del orden que concedió a la incipiente república chilena, así como en la seriedad y sensatez impuestas a la administración nacional; efectivamente, criticando sus actuaciones autoritarias, pero casi como de forma secundaria. Su historiografía va a incidir en futuros historiadores como Francisco Antonio Encina y el mismo Sergio Villalobos, particularmente por su exceso de celo al momento de recurrir a las fuentes (como lo señala explícitamente Sergio Villalobos en *La historia por la historia*, 2007a).

Por otra parte, también opina sobre Portales, José Victorino Lastarria (1973), quien fue más duro en sus comentarios sobre el ministro, tal vez por su condición de liberal y sus escritos bastante ideologados por lo que se ha podido apreciar.

De igual modo, Benjamín Vicuña Mackenna, a pesar de su carencia de un método riguroso de análisis de sus fuentes y de escritura, fue uno de los recopiladores que más fuentes documentales reunió y divulgó, por lo que no cabe duda que su positivismo (sustentado en los documentos) era el método que se le puede adjudicar, aunque sin la rigurosidad de Barros Arana. En cuanto a Diego Portales, Vicuña lo eleva desde el puto de vista público, erigiéndolo casi como el prototipo de hombre de Estado, a pesar de señalar que fue una figura controvertida, dependiendo del punto de vista político distinto en que se lo vea.

Como se puede apreciar, estos tres referentes iniciales, si bien relevan la figura del ministro como funcionario público, no cejan en esbozar algunas críticas en torno a su persona y su carácter autoritario. Al seguir profundizando en este trabajo, probablemente se verá que algunos de los tres historiadores seleccionados se inclinan en mayor o menor medida por una visión genérica de él o por una visión secundaria de su persona, dependiendo del método historiográfico con que trabajen.

Diego Portales en los tres autores seleccionados. Enunciación de categorizaciones

A partir de los escritos y referencias que ellos relevan sobre la figura de Portales, se pueden mencionar algunas ideas que se desprenden del trabajo historiográfico realizado por cada uno de estos tres historiadores seleccionados.

⁸ A propósito, debe recordarse el revuelo que causó el descubrimiento de su cuerpo, tras casi 170 años de misterio, en la Catedral de Santiago. Este acontecimiento dio origen a un documental que fue ampliamente difundido; así mismo, la emisión de la miniserie *Héroes* (2007), consideró relevante tomar la figura del ministro, lo que ha sido objeto de difusión masiva y que se podía descargar gratuitamente del sitio de *Educarchile*, lo que demuestra su masividad y cercanía con la población chilena.

En este sentido, el primero al cual se hará una aproximación será Gonzalo Vial Correa. A pesar de que no contó con estudios formales de historia, parece ser uno de los más consultados para las primeras décadas del siglo XX. Si bien recurre a una escritura amena y liviana, recurre a muy pocas fuentes o notas, algo parecido a su predecesor Francisco Encina, quien, además, por cierto, tenía una predilección por los personajes históricos de carácter fuerte y por gobiernos autoritarios.

Aunque se puede desprender, de lo escrito por Vial, un trabajo de carácter conservador y que resalta ciertos aspectos de decadencia en el devenir de la historia chilena, esto, tal vez, pueda verse refrendado (o no) si se revisan brevemente sus menciones a Portales a lo largo de su trabajo histórico e historiográfico. Claro, porque en función de lo recién apuntado, cabría pensar a priori que la descripción que hará respecto al ministro, será una proclive a erigir su imagen de "estadista" por sobre cualquier otro aspecto que se le pueda criticar (en lo económico o en lo social, por ejemplo).

Particularmente es generoso respecto a la vida social del ministro, haciéndolo parecer una víctima del destino que se tuvo que avocar a temas públicos para escapar del dolor (lo que obviamente es posible, pero sin adulaciones). Gonzalo Vial (Lorenzo y Vial, 2007; Vial 2006, 2000, 1994) releva la figura de Portales como la imagen panegírica que construye el Estado, afianza el orden institucional y sienta las bases del progreso de Chile. A partir de lo anterior, puede verse a un historiador comprometido con sus propias ideas políticas y personales, ya que, a mayor abundamiento, atribuye, casi con gracia, al ingenio portaliano la idea de "el palo y la zanahoria (o el bizcocho)", sin entrar en mayores disquisiciones respecto a los costos sociales, comerciales o personales con que otros grupos pagaron esa idea, quizás no por falta de interés, sino por considerar que no es parte de su forma de hacer historia, analizar o elucidar en rededor de las fuentes consultadas.

Así mismo, se aprecia la constante conservadora y algo medrosa del historiador al hacer alusión al período histórico en cuestión como anarquía, entendiéndose con ello que el orden justificaría un accionar autoritario y fuerte. Empero, Gonzalo Vial Correa sostiene que, según Diego Portales, el gobierno "debía estar anclado en principios, no en personas" (Vial, 1994), un claro ejemplo es que Portales mostraba desinterés absoluto por los honores y cargos que abandonaba en cuanto le era posible.

Por otro lado, vemos que Vial Correa releva algunos aspectos político-legislativos que dan mucha preeminencia al orden, a la virtud, a la legalidad, a la sanción, al patriotismo, etc., lo que es propio de corrientes conservadoras. Así mismo, se relevan constantemente las ideas de orden, progreso y estabilidad, que en esa época (aunque hoy también) tenían un muy elevado valor; recuerdo internacional de eso, es, por ejemplo, la leyenda de la bandera de Brasil. Obsérvese de igual modo, que, hasta donde se ha revisado, en ninguna instancia Vial se refiere al pueblo o a los grupos minoritarios no políticos; parece, entonces, tratarse de una historia "desde arriba", historia en la que se pretende fundar el Estado de Chile.

Otro autor que se desea revisar es Sergio Villalobos Rivera (2007a, 2007b, 1996, 1989). A pesar que el trabajo de este historiador, algo menos conservador, tendió al principio de su obra a seguir los pasos de sus predecesores (como Diego Barros Arana y Francisco Encina), Villalobos dio un giro a su forma de construir la historia, ya que si bien orientó su metodología hacia la *Escuela de los Annales*, no ceja en su defensa -y aclaración- del positivismo, pues si bien considera que los hechos positivos son insuficientes, no significa que no deba considerarse su rigor y su apego a las fuentes documentales como una necesidad por parte de los historiadores y a partir de ahí, efectuar los análisis o interpretaciones históricas correspondientes.

Así mismo, rehúsa hablar de objetividad, porque es imposible, debido a que cada persona habla o escribe desde sus experiencias, lo que no evita ser riguroso en la revisión y apego de las fuentes, como se mencionaba en el párrafo anterior.

Villalobos Rivera, manifestó interés en los *Annales*, a partir de lo cual se interesó en la interpretación de los grandes fenómenos a través de “temas específicos, en lugar del relato, los acontecimientos y los personajes” como él mismo señaló (2007a). Además, el propio Villalobos prescribe que el historiador “es el resultado de las circunstancias” y está sujeto a su “ideología y mentalidad”, por lo que es subjetivo, a pesar de su esfuerzo por el rigor, como ya se señalaba anteriormente (1989). En todo caso, él considera que constituye un error lingüístico hablar de coyuntura como sinónimo de mediana duración, ya que en la primera sería en donde se desencadenan los acontecimientos históricos. De igual forma, Sergio Villalobos señala que prefiere otorgarle relevancia a la mediana duración por sobre la larga duración braudeliana, debido a que es allí donde se suscitara el cambio histórico verdadero; tal vez por ello, en uno de sus libros, justamente aquel que se refiere a la representación que tiene de Portales (1989), es que este historiador trata de elaborar una imagen compleja de éste, abarcando varias facetas de su actuar privado y público, de una forma tal que se le criticó bastante (Gazmuri, 2009 y 2006).

No obstante lo anterior, Sergio Villalobos (2007b) se apropia de varios conceptos. Entre ellos el de larga duración (denominado por él mismo “historia de los grandes procesos”), aunque aboga también, como ya se ha dicho un par de veces, por el apego y rigurosidad hacia las fuentes documentales; justamente es respecto al concepto de los grandes procesos que Villalobos Rivera también se afirma y utiliza otras áreas menos afines a sus predecesores del siglo XIX y principios del XX, como la geografía y la economía. En todo caso, no se puede hablar de una cercanía hacia la historia de las mentalidades, aunque Villalobos no la desecha, pues debe recordarse que, de todas maneras, el prefiere orientar su trabajo hacia la mediana duración por sobre las largas estructuras en donde él ubica claramente a la historia de las mentalidades.

Por otra parte, también hay que agregar que ha mantenido discusiones desde el punto de vista histórico con los otros dos historiadores aquí mencionados: Gonzalo Vial y Gabriel Salazar.

En el caso del ministro Portales, si bien Villalobos le dedica un libro completo, tratando de destruir el mito de la persona, en general ha optado, en sus otros escritos, a justificar las acciones públicas de éste, en función de la necesidad de un orden institucional, un progreso económico y un establecimiento de la responsabilidad y de la disciplina sin criticar demasiado la “autocracia” sancionadora con que lograba dichos objetivos. Sin embargo, también agrega que: usó “métodos arbitrarios y duros para llegar al poder y luego para mantenerse en él, desatando las persecuciones, silenciando la prensa, desterrando a los opositores y llegando hasta a inmolarlos en el patíbulo” (1989).

Para terminar, cabe recordar una frase de este controvertido y crítico historiador: “No olvidemos que una época histórica se define por lo general y no por lo excepcional” (2007a), la que puede traer más de alguna reacción a debatir.

El tercer y último autor a revisar es el historiador Gabriel Salazar Vergara. De los tres, Salazar es quien más se escapa a las categorizaciones tradicionales en las que se ha enmarcado la historia de Chile. Tradicionales si las pensamos desde una perspectiva conservadora y perpetuadora del status quo nacional, particularmente desde mediados de la década del setenta hasta inicios de los noventa.

Salazar, en lo que respecta al análisis económico y social de la realidad -particularmente cuando alude a los distintos sujetos sociales en estudio desde la perspectiva de una clase

social, específicamente y más claro aún para los del siglo XIX (Fuentes, 2007)- desarrolla una interpretación historiográfica materialista, con una marcada tendencia marxista, por lo tanto, alejado del conservadurismo autoritario anquilosado de finales del siglo XIX y principios del XX, dándole un análisis de clases a distintos sujetos sociales como los artesanos, el peonaje, los sectores obreros (Fuentes, 2007) o los grupos más depauperados económicamente. La nueva historia política indaga, igualmente, en las relaciones entre el poder y el derecho, así como en las prácticas y valores al interior de un Estado o nación, lo que va de la mano con la dominación y la legitimación

Desde esta perspectiva, el personaje que es la excusa de este avance, Diego Portales, aparece también en su trabajo historiográfico, pero ya no revelado como personaje histórico central, sino que, como parte secundaria de algo mayor, esto es, de una masa social habitualmente ignorada en su especificidad y manejada a gusto como una mera generalidad que estuvo presente, pero que no pareció jugar un rol trascendental en la historia nacional.

No obstante lo anterior, Salazar, en lo que dice relación con la historia política, parece asumir una postura personal, valiéndose de diversos métodos y corrientes, pasando por tendencias hacia Foucault y otras hacia los *Annales*, ello tal vez debido a la ausencia de fuentes documentales ad-hoc a los temas que estudia durante el siglo XIX, ya que centra su historia e interés en grupos sociales que no necesariamente dejaron registros documentales de sus actos y que son difíciles de colegir a partir de fuentes indirectas. En otros términos, la obra de Salazar Vergara se ha visto influida por una serie de tendencias historiográficas, en función de la temática desarrollada, del período de estudio escogido y del año de sus libros, lo que hace de su investigación una rica variedad opuesta a la forma tradicional de enfocar los sucesos históricos. Ello incidirá, más o menos, pero lo hará, en la entrega del contenido que este historiador haga al público, porque en virtud de la corriente por la que se incline sustentará de mejor o peor manera su fuerza argumentativa, eso sí, siempre interesante.

Para el caso en cuestión, Portales, su presencia se puede observar en varias de las obras (para el período, siglo XIX) del historiador en comento. Así, por ejemplo, en uno de sus primeros trabajos (2000), Salazar alude a Portales, pero generalmente como puntal o referente histórico en el que se yerguen los sujetos sociales o bien para criticar el exceso de necesidad de refrendación personalista, en otras palabras, la peculiaridad, por decir lo menos, de considerar a un solo y único sujeto como el adalid de las “ideas nacionales” y de la identificación del “espíritu nacional” con los chilenos todos.

Así también lo demuestra Salazar al referirse al ministro, prácticamente como un especulador que reestructuró el Estado para adaptarse a las nuevas necesidades que enfrentaba la “clase patricia” en el mercado interno (2000). Utilizando, de esta manera, al Estado como “fuente o mercado de oportunidades comerciales y recursos financieros” (Salazar, 2007).

Respecto a la representación que Salazar se hace de Portales, no queda más que apuntar algunas de las ideas que desliza en torno a él, por ejemplo, en lo referido al “soborno” que se practicó para forzar la renuncia del presidente Francisco Ruiz Tagle (2007).

Más claramente aún: se podría resumir la visión histórica de Gabriel Salazar hacia Diego Portales, diciendo que el orden público que tanto destacaba el ministro, no habría sido otra cosa que “el ejercicio ilimitado e indisputable de la dominación mercantil sobre el resto de la sociedad civil” y por ello se habría confundido “orden con autoritarismo, disciplina con anonadación ciudadana y aristocracia con oligarquía especuladora” (2007).

Con esta nueva visión no tradicional de la historia de Chile, Salazar, logra posicionarse desde una perspectiva distinta a partir de la cual puede desprenderse de la pesada representación

portaliana para observar críticamente desde la óptica de los vulnerados, de la sociedad civil e incluso desde la economía cosas como la construcción de un fuerte monopolio financiero y crediticio de lo cual se culparía al período discutidamente denominado de la “anarquía”, habiendo ocurrido con antelación y habiendo sido manipulada la debacle en el período portaliano que fue de 1829 a 1833, favoreciendo al ministro y sus contertulios (Salazar, 2009).

En otras palabras, si bien Salazar Vergara no busca efectuar una diatriba en contra de Diego Portales, sí demuestra, cuando la oportunidad lo amerita, que, como parte de la oligarquía, se aprovechó de la masa social campesina y trabajadora en beneficio propio, evidentemente sustentando sus afirmaciones con fuentes documentales económicas, legales, personales o de otro tipo.

La idea de este apartado es señalar que el objetivo de rescatar a estos tres historiadores consiste en destacar su trabajo historiográfico a través del tratamiento de un ejemplo concreto: Portales; para ello, la intención será continuar con estas representaciones que aquéllos tienen de éste a través de tres categorizaciones: una que diga relación con la imagen social del ministro, o sea, cómo queda refrendado su comportamiento personal al interior de la sociedad en que le correspondió desenvolverse; otra que aluda al imaginario político que se ha construido en torno a su figura, ya sea considerándolo como el fundador de la institucionalidad nacional chilena, ya sea como un mero especulador que aprovechó las oportunidades que en su tiempo se le brindaron para hacer sus negocios, desde donde se podría subcategorizar en función de aspectos como el régimen electoral o la Constitución de 1833; la última tiene que ver con la imagen de Portales orientado exclusivamente hacia una función eminentemente económica y comercial.

Categorizaciones de la figura de Diego Portales en función de lo que cada uno de los tres historiadores en comento nos entregan

La primera categorización sobre el ministro será aquella que verse sobre su faceta social. Aquí se tratará de indagar en la historiografía que cada autor ha construido y elaborado en torno a este personaje histórico desde el punto de vista de su persona, de sus relaciones y de su vinculación con la sociedad en la que estuvo inserto, tratando de descubrir si para estos historiadores ha sido o no importante esta área de trabajo sobre el decimonónico ministro.

Para ello iniciaremos esta categorización con el historiador Gonzalo Vial Correa (2006, 2000, 1994), tratando de lograr apreciar lo que se dice o no de Portales, añadiéndole el cómo se ha ido construyendo o deconstruyendo el imaginario sobre este aspecto de la figura del personaje histórico en cuestión.

Para Gonzalo Vial, claramente, Diego Portales constituye una de las más poderosas imágenes de la historia del país. Tal vez, por lo que en párrafos anteriores se mencionó respecto de la historiografía que inspira a este historiador. De acuerdo con ello, se puede apreciar que Vial concibe la faceta social de Portales como una desigual línea que lo preparará inconscientemente para las “grandes obras” que le aguardan en la conformación política e institucional de Chile. Este autor hurga minuciosamente en la vida social y personal de Portales, justificando su vida festiva y algo disipada en el dolor personal por la pérdida de su mujer de manera prematura y abrupta.

En otras palabras, Vial Correa justifica e incluso ensalza la dilapidada vida social del futuro ministro, relevando constantemente pequeños acontecimientos que develarían a un Portales moralmente superior, siguiendo en este sentido a Francisco Encina (Encina y Castedo, 1976), al destacar su ascendencia sanguínea y los méritos de sus ancestros como si se tratara de un genotipo privilegiado.

En definitiva, lo que termina haciendo este historiador es una semblanza muy generosa, incluso en lo negativo, de Diego Portales, recurriendo a fuentes de todo tipo (historiadores decimonónicos como Vicuña Mackenna, Barros Arana, Lastarria, etc.), pero recurriendo a un nivel interpretativo escanciado en generosa copa, evitando relacionar o efectuar una connotación que dañe al futuro prócer, así como justificando sus excesos ya sea por la propia humanidad que le acompañaba, ya sea por el dolor a que se ha hecho mención por la muerte de su mujer. Tal vez, Vial ejecuta esta limpia pormenorización del semblante social de Portales, en función de lo que pretende dejar instalado más adelante cuando se aluda al aspecto político y comercial de Portales, a fin de resguardarlo de las críticas que podrían enturbiar el orden institucional sobre el cual dice estar sustentada la república desde la actuación del ministro.

En el caso del profesor Sergio Villalobos Rivera, la representación de Portales también se arroja de consideraciones, a pesar de criticar su disipación personal (más de diversión social que económica), salvando sus deslices íntimos como parte de su existencia humana, aunque, eso sí, a diferencia del profesor Vial, critica sus actuaciones y sus escritos epistolares, viendo en Portales a una persona poco controlada, algo destemplado y de convicciones según la conveniencia, lo que fácilmente hace presumir signos similares en su actuación política y económica.

Las fuentes de que se vale Villalobos son principalmente las directas,⁹ o sea, su epistolario, pero también, en esta faceta, alude a Barros Arana y a José Miguel Yrarrázabal Larraín, político conservador y admirador de la figura del ministro. Resulta a lo menos curioso que Villalobos Rivera, por ejemplo, en su obra *Portales. Una falsificación histórica*, a pesar de sus duras críticas, en el aspecto social no sea particularmente enérgico, quizás separando esta característica de la política y la económica o comercial.

En el caso de este historiador, parece ser que la diferencia con el primero se ubica en la menor exaltación de sus antepasados y del menor registro genético y fenotípico que le adjudica a su figura, mas no por ello, Villalobos fraterniza de cierto modo con Vial, en lo que respecta a justificar sus actitudes y tratos sociales y hacia los demás como algo menor en comparación con la importancia histórica que tuvo en el ámbito político principalmente, distinguiendo sus áreas de interés de manera parcelada.

En el caso del historiador Gabriel Salazar Vergara, cabe señalar que, respecto a este semblante o imaginario social del ministro, él es muy crítico; es, de los tres, quien se dirige en más duros términos y sin ambages sobre la figura del ministro; de hecho, critica de plano la mitificación de la imagen mítica que se ha trasuntado en nombres de calles y estatuas por doquier, generando un halo de respeto profundo (dado de la ilegalidad de atentar contra estas efigies, por ejemplo). En cuanto al sujeto histórico propiamente tal, Salazar Vergara señala que el mito portaliano ha sido elevado al máximo por figuras como Francisco Antonio Encina, Jaime Eyzaguirre (2004) o Gonzalo Vial Correa, al que se hizo referencia hace unos párrafos.

A diferencia de los dos autores precedentes, Salazar critica esta ascendencia aristocrática de Portales y sus ancestros (y del resto de aquella élite) arguyendo que se beneficiaban del comercio, constituyendo ni más ni menos una élite mercantilista y monopólica (ni muy diferente de lo que hará Diego Portales en el futuro) y ni siquiera del comercio exterior (propio de la élite de Valparaíso), sino de la especulación y del préstamo a tasas usureras. Insiste la historiografía de Salazar en señalar a Portales como un déspota, que aprovechó las instancias afortunadas

⁹ Recuérdese que una de las cosas que destacan en la historiografía de este historiador es su constante recomendación en torno a recurrir a las fuentes primarias y documentarse personalmente, a fin de elaborar interpretaciones libres de cualquier contaminación espuria atribuible a fuentes mal consultadas.

en las que se encontró (o que propició) para favorecer al grupo del que provenía como una forma de preservar su propia conveniencia.

También indica este historiador que Portales entendía por “pueblo” a los ciudadanos que por poseer riquezas inmuebles o muebles (sobre un cierto valor) “obtenían” el derecho a votar.

Como se puede apreciar, este autor recrea una representación distinta, sobre la base de iguales hechos históricos, en la imagen de Diego Portales, con la clara y evidente intención de desmitificar al constructor del “orden” y sustituir esa imagen por la del déspota, mercantilista y personalista que trató de especular desde un puesto de poder.

Las fuentes que utiliza el profesor Salazar son muy abundantes, pero lo interesante de destacar es que coinciden lógicamente con las utilizadas por los dos historiadores anteriores, más las interpretaciones son disímiles, pues, por ejemplo, allí donde Vial ve astucia, Villalobos ve conveniencia, y Salazar usura o abuso; en donde Vial reconoce orden y estabilidad, Villalobos lo mismo, pero gracias a argucias y formas de proceder lejanas de la legalidad, mientras que Salazar ve el autoritarismo despótico de un interesado.

A continuación, se presentará la otra faceta, la política, en la que nuevamente se encontrarán semejanzas y diferencias entre la forma de acercarse a la figura del ministro.

Obviamente esta faceta tiene muchas aristas, por lo que aquí se hará referencia principalmente al régimen presidencial (electoral) y constitucional al que se accede a través de Portales.

Si bien Diego Portales siempre declinó la presidencia, su poderío se manifestó tanto en los ministerios como cuando fue gobernador de Valparaíso. Aquí Gonzalo Vial indica que todo el trabajo del ministro fue para lograr la estabilidad política del país, dándole una gran importancia a ello, pero sin ahondar en lo que Portales hizo para lograr su objetivo. La excusa para las medidas poco democráticas (por decir lo menos) de Portales se sustentarían, según este historiador, en el fundamento esencial del orden mantenido por un gobierno fuerte y centralizado con sustento en el bien común, lo que legitimaría una forma de organización republicana.

Vial Correa señala que el ministro Portales alimentó ideas liberales como la presidencia de la república, la división de poderes y la elección de representantes, solapadamente deja entrever las formas disimuladas de poder conservador delegadas en la aristocracia (si se puede hablar de tal en Chile), lo que de alguna manera este historiador justifica por ser una clase con auténtico interés en el orden público y el bien común.

Otra cosa que se aprecia en esta cara de la presencia de Portales en el poder, radica en el hecho que se estructuró en torno al sistema electoral, debido a que las votaciones pasaron a depender de las autoridades territoriales, las que dependían del Ministerio del Interior (y del presidente, claro), constituyéndose una gran intervención electoral. Además, la aristocracia (que, según Vial apoyaba a Portales por miedo a una supuesta anarquía y posterior pérdida de sus réditos económicos) quedaba a cargo de las funciones del Estado tras este fuerte presidencialismo autoritario.

En este sentido, Vial cree que esta forma de hacer la política conduciría a configurar la nación chilena a contar del siglo XIX, lo que no parece extraño en virtud de lo mencionado en las páginas anteriores respecto a este historiador, lo que no viene sino a consolidar a la figura de Portales como el ideólogo de los pilares republicanos del país, atribuyéndole la estabilidad y el progreso de Chile. Además, debe recordarse que la Constitución de 1833 dio poderes completos al presidente (incluidos judiciales y religiosos), ya que fuera del intervencionismo

electoral recién comentado, los senadores podían ser vetados por el presidente, tenía facultades extraordinarias y mandaba al Ejército.

Parece ser que lo que nos quiere transmitir este historiador es que la estabilidad, el orden y el progreso se debieron al actuar (desinteresado) de Portales y otros prohombres de Chile y de la aristocracia que “aceptó” contribuir con su “gran capacidad” a administrar el país en los cargos de gobierno sin pedir nada a cambio, excepto el bien común.

Finalmente, este profesor sienta al Estado de Derecho sobre estas bases gubernativas y legales, que, por cierto, cree él que se fueron perdiendo a través del tiempo. Vial parece no reconocer defectos en el actuar portaliano, sino que todo lo contrario; fue un ejemplo que actuó obligado por las circunstancias en pro del bien común y la estabilidad del orden público y legal.

Por otra parte, en el caso del profesor Villalobos Rivera, éste apunta que el ministro fue el “caudillo oficial” de la élite tradicional y la aristocracia se vio representada en él y su actuar. Este grupo le aportaría a Portales la imposición del orden y un gobierno fuerte. Igualmente, Villalobos cree que la Constitución de 1833 consagró al grupo aristocrático en función de sus leyes y del poder que se le otorgó a aquél, debido a que contenía una serie de limitaciones (incluso al habeas corpus) y prohibiciones, pero beneficios y privilegios al presidente.

Vemos, en el caso del profesor Vial Correa (2006, 2000, 1994), una especie de historiografía anclada o estancada en el pasado, carente de fuerza para cambiar o visualizar (tal vez intencionalmente) nuevas perspectivas de interpretación, repitiendo un discurso arcaico o profundizando ideas que siguen manteniendo el statu quo historiográfico positivista.

En el caso del profesor Villalobos, se puede apreciar una mayor apertura en cuanto a considerar la postura política de Portales como interesada –respecto a los beneficios políticos resultantes-, pero desinteresada en la construcción misma de la legislación nacional y de respeto al orden constitucional en cuanto no les sirviese a sus propósitos personales. De acuerdo a estos planteamientos de Sergio Villalobos, se puede desprender una crítica manifiesta al actuar de Portales, pero no por ello drástica, ya que, en todo momento, el historiador va entretejiendo explicaciones plausibles a su comportamiento público, lo que no significa justificarlo.

Es más, a partir de lo escrito por Villalobos, se puede desprender el desprecio que sentía el ministro por las leyes y el derecho en general, debido a que éstas obstaculizaban el actuar del gobernante de turno quien, según él, debía ser el llamado a resolver los problemas: “el gobernante es la ley”. Por eso, este investigador resalta la idea de autoridad, orden, disciplina y sanción al referirse al ministro. Critica, eso sí, a pesar de la división de poderes, el desbalance que existió entre ellos, evidenciando un claro predominio del ejecutivo (al que se le unía el legislativo), dadas las facultades, que ya se han enunciado, que le otorgaba la Carta Magna de 1833.

Si bien, en *Portales. Una falsificación histórica*, el profesor Villalobos Rivera efectúa varias críticas al modelo portaliano, en particular a causa de las exacerbaciones en el uso autoritario del poder (censura, coartar la libertad, elecciones influidas, reconocimiento de los mayorazgos, devolución de tierras a la Iglesia, etc.), parece ser que la gran crítica al referido modelo consiste en criticar el profundo desprecio de Portales hacia las instituciones de derecho y la exacerbación del personalismo en el gobierno.

Sin embargo, lo anterior no hace sino generar las mismas interrogantes sobre la figura del ministro, ya que sigue estando en pie la controversia en torno a su proceder en el gobierno y el excesivo abuso del poder que cometió. A pesar de ello y de que el profesor Sergio Villalobos describe en su profusa historiografía, no logra derribar al mítico y señero prócer, acrecentando la construcción del imaginario en rededor de su figura.

A propósito de esto, Villalobos dice que la institucionalidad que surge de la creación portaliana (a pesar de la libertad como beneficio secundario, expresión de derechos ciudadanos disminuidos, persecuciones, censuras, etc.) será de largo aliento.

En función de lo anterior, cabe señalar que si bien el profesor Villalobos es más crítico que Vial Correa en su visión política de Diego Portales, no significa que efectúe una diatriba en contra de él, puesto que explica las acciones de éste dado el panorama existente en el incipiente Chile de aquel entonces, construyendo una representación histórica más crítica del ministro, pero siempre avalando el fin último: el orden institucional, lo que acaba por generar una obsecuencia similar de rendición ante el personaje histórico al estilo del profesor Gonzalo Vial.

Si bien no se puede hablar de una nueva historia o de planteamientos innovadores en la obra del profesor Sergio Villalobos, sí se puede decir que su planteamiento se acerca más a una historia progresista, al menos en lo que respecta en comparación con Gonzalo Vial, sin embargo, como se verá enseguida, dista bastante de una nueva perspectiva o de un enfoque distinto como lo que hace el profesor Salazar.

En tercer lugar, tenemos la opinión historiográfica que recrea Gabriel Salazar en su obra. Nuevamente, igual que en la faceta anterior, este autor es bastante crítico respecto al Portales político. Ante todo, Salazar lo muestra contradictorio (por un lado, apoyando y destacando la ley, sobre todo; por otro lado, pasando por encima de la misma y considerándola un estorbo más que un beneficio), arguyendo que para Portales “el comercio era lo real y, la política, accidental”. De ahí que el orden que instauró, según este historiador, haya sido para dejarle el paso limpio al comercio de vallas como la corrupción administrativa, el contrabando, el bandidaje, la democracia o los aranceles.

En otras palabras, Portales deseaba un Estado que garantizase el éxito comercial de los usureros por sobre la debacle que devendría en las clases productoras. Como se aprecia, Salazar se acerca a una interpretación marxista de la historia de Chile, relevando el papel de las fuerzas productoras sobre las que el ministro decidió actuar para salvaguardar sus intereses (y los de la aristocracia) mercantiles.

Salazar Vergara muestra a un Portales que entendía que las cosas debían realizarse por la fuerza si era necesario y que resumía el concepto de Estado al uso de la coacción cuando “era necesario”. Salazar va más allá y acusa al ministro de haber provocado la insurrección y golpe de Estado finalizado en Lircay en 1830, provocado para afianzar el poder mercantilista y “militarizar” sus intereses.

Lo más interesante en el planteamiento del profesor Salazar, tiene que ver con la creación del Estado en forma, que no le asigna (o sí) al ministro, debido a que, dice Salazar, lo que realmente generó Portales fue una división interna y externa, es decir, creó conflictos que aún en la contemporaneidad se resienten (como sería el caso de la guerra contra la Confederación Perú-Boliviana).

Se puede apreciar en la historiografía del historiador Gabriel Salazar (2007), por ejemplo, el contraste con los otros dos historiadores que se han enunciado antes, debido a la interpretación de las fuentes desde un giro nuevo, volcando la atención en el personaje histórico también, pero ejecutando críticas interrelacionadas con una serie de sucesos y acciones colectivas y particulares que permiten visualizar nuevos campos de reconstrucción histórica que, en este caso puntual, van deconstruyendo la imagen mítica del prócer, permitiendo dilucidar una nueva perspectiva para la historiografía haciendo uso de las mismas fuentes que se valieron los otros historiadores. Se ve en esta propuesta la intención de construir una nueva historia social o

política, tratando de evadir la historia mítica tradicional que se mantiene absorta ante el mismo tipo de entrega interpretativa que vienen construyendo los historiadores decimonónicos o de mediados del siglo XX.

Por último, veremos una tercera faz historiográfica de Diego Portales, esta vez referida a su ámbito mercantil o comercial.

En el caso del historiador Gonzalo Vial, una vez más reitera la egregia figura de Portales y señala que la participación de Portales en política se debe a su frustración en el comercio a causa de la anarquía que gobernaba el país hasta su arribo. En relación con esto mismo, este historiador insiste en la idea de la anarquía, pues ella habría sido la que hizo que la aristocracia, atemorizada, haya buscado en la figura del ministro su propia seguridad a cambio del apoyo en las funciones gubernamentales.

Así mismo, Vial Correa arguye que Portales sustentaba su gobierno en principios y no en personas, lo que de partida es contradictorio si pensamos en el propio Portales y las personas que él mismo instauraba en los puestos porque eran de su conveniencia y de la élite dominante.

En los textos que se han reunido para este trabajo y que son de autoría del profesor Vial, ha sido escasa la información sobre el Portales comerciante. Lo que se puede rescatar de lo poco que dice este historiador respecto de esa parte de la vida del ministro, es que no tuvo ningún éxito en los negocios y que su ingreso a la política se habría debido a la tirria que sentía por la anarquía a la que achacaría la falta de orden y seguridad para desarrollar con éxito sus negocios mercantiles; además esa habría sido la causa última de la debacle del estanco y su falta de cumplimiento en los pagos.

Seguramente no hemos encontrado los textos en donde Gonzalo Vial hable del tema, porque parece extraño que no se refiera a esta faceta de Diego Portales, siendo más extraño aún que asigne a la situación política del país los fracasos como comerciante de aquél y su incursión política a causa de lo mismo. En todo caso, en lo poco que se ha encontrado cabe destacar, al igual que hace unas páginas atrás, que Vial Correa parece crear una imagen impoluta de Portales, a fin de hacer más profiláctica su intervención en el “ordenamiento” institucional de Chile durante el primer tercio del siglo diecinueve.

Para el profesor Sergio Villalobos, Portales nunca remontó en sus negocios que comenzaron en Lima, tras la muerte de su mujer, pero que fueron escandalosos desde el inicio, lo que lo hará volver a Chile y dedicarse a algunas otras actividades comerciales mientras llegaba otro mal negocio: el estanco. Aquí, el profesor Villalobos traza cómo Portales, Cea & Cía., aprovechan sus influencias personales (cohecho, nepotismo) para que se les asigne el estanco, el que una vez logrado se ve arruinado por lo que el profesor Vial achacaba a la anarquía del país; sin embargo, Villalobos Rivera dice que existieron errores de cálculo, aunque también problemas con el cumplimiento legal del estanco mismo que el gobierno no pudo hacer respetar por parte de los dueños de tabaco que seguían vendiéndolo y sembrándolo ilegalmente, ante lo que Portales reclamaba airadamente. Aquí es donde Vial Correa dice que Portales ingresará a la política desilusionado del desorden legal y político que existía; empero, Sergio Villalobos arguye, sin ir mucho más allá, que la causa de la debacle comercial fue la negligencia y las censurables negociaciones que rodearon el negocio desde un principio.

En definitiva, en este aspecto Villalobos critica a Portales por su poca transparencia y su ambición desmedida, pero omite hacer mención a intenciones dobles o a epítetos más fuertes en torno a la persona del ministro, porque en este caso, él cometió, por decir lo menos, una serie de ilícitos que hablan de su poca transparencia en los negocios, así como de su

negligencia mercantil, deconstruyendo la imagen que se tiene de él como hombre recto y consecuente.

En todo caso, el profesor Villalobos trata de construir historiográficamente la faceta de Portales como comerciante, particularmente en lo que respecta al estanco, dando detalles de su comportamiento y generando una imagen menos conocida del ministro, tratando de progresar históricamente en cuanto a las perspectivas que se le pueden dar a esta faceta de Portales. De hecho, tímidamente, Sergio Villalobos se acerca incluso a la psicología como una forma de explicar ciertos rasgos atrabiliarios del personaje en comento; mas, este coqueteo con la psichistoria (aunque es difícil llamarla así por lo escueto de búsqueda de este historiador en esta dirección) es de vida corta, porque rápidamente la deja de lado, aduciendo que hay que dejársela a los especialistas del área.

Para terminar, es justo decir que si bien el profesor Villalobos explica las conductas ilegales o antiéticas de Portales por motivos de diversa índole (desde personales e íntimos como la melancolía hasta contingentes y económicos como la necesidad material), también critica el proceder y el mito que se ha hecho en torno al hombre que puso orden e incentivó el progreso en la naciente nación chilena, aunque sin tratarse de un cuestionamiento profundo, ya que muchas veces parece compartir o al menos comprender las actitudes y acciones de Portales dadas las circunstancias que se dieron en ese período histórico, lo que deja algo “tibias” su intenciones de ser “duro” con este reconocido sujeto histórico.

En el caso del profesor Gabriel Salazar, cabe hacer notar que su postura sí es claramente crítica e incluso desmitificadora; recopilando fuentes y contrastando archivos epistolares y documentales, logra construir una historia paralela a la leyenda, exponiendo con fundamentación escrita su particular interpretación de esta imagen reconocida del ministro en comento, teniendo en cuenta una nueva historia social que entreteje a medida que devela su análisis.

Salazar, al igual que los dos historiadores anteriores, se refiere a la biografía de Portales, pero, a diferencia de ellos, recalca la forma en que fue abriéndose paso en diferentes cargos y puesto, haciendo de inmediato una profunda crítica en torno al nepotismo y prebendas que le rodearon.

Este investigador muestra a un Portales interesado y guiado por el dinero, al menos hasta 1824, dejando a su paso deudas pagadas a fuerza de préstamos familiares y una mala reputación. De ahí en más, el profesor Salazar (2009) va hilando paso a paso la forma en que Portales se allega a la esfera política del poder a Santiago¹⁰ y cómo comienza a mover sus hilos en pro de su beneficio personal primero y, luego, en el de sus aliadas mercaderes conservadores que facilitarían el dinero para sostener ideas mayores, transformándose en algo similar a una conspiración aristocrático-monopolista como dice Salazar (2010), más que en una actividad propia de expertos en la materia.

Además, agrega este autor que Portales se valió de la coacción, del espionaje y la delación para sacar el provecho necesario del estanco que se había adjudicado gracias a sus influencias y a las prebendas, afectando directamente a los gremios tabacaleros (desempleo y miseria) mediante este monopolio mercantil. Como se puede apreciar, Salazar es el primero de los tres autores en comento, que releva a grupos como los artesanos en general o los comerciantes menores, alegando un ataque artero a la vocación productiva del pueblo, en donde ya puede verse manifestada la tendencia historiográfica de la nueva historia política, con una marcada

¹⁰ Particularmente en torno a los senadores, quienes eran en su gran mayoría, según este investigador, mercaderes, así como los miembros del gobierno de turno, con excepción de Ramón Freire.

tendencia marxista, por lo tanto, alejado del conservadurismo autoritario anquilosado de finales del siglo XIX y principios del XX, dándole un análisis de clases a distintos sujetos sociales como los artesanos, el peonaje, los sectores obreros (Fuentes, 2007) o los grupos más depauperados económicamente como se mencionó en páginas anteriores.

A partir de lo dicho en el párrafo anterior, es que Gabriel Salazar entiende que la dictadura de Portales no comenzaría tras la batalla de Lircay en 1829, sino que, desde agosto de 1824, tras el contrato del estanco con fue beneficiado.

Salazar (2009), para terminar, propone pensar en el ministro como un dictador mercantil que pretendió trasuntar dichos asuntos a una dictadura política, sólo con el afán de someter a los plantadores y cigarreros que se quejaban profusamente del abuso de los mercaderes comandados por Portales.

Como se aprecia, nuevamente el profesor Salazar Vergara (2009), releva, de alguna manera, una historia desde abajo, teniendo como excusa la figura de Portales, quien le sirve de paradigma para generar una crítica mayor a la forma en que el país conducía su destino imbricado de ilícitos y prerrogativas altamente dudosas. Finalmente, la pérdida de los mercaderes y el estanco de Portales, Cea & Cía., fueron traspasadas al Estado, de lo que no quedan fuentes originales para entender con detalle.

En función de lo anterior, Salazar señala que Portales se dedicó a la política con el fin de proteger a los estancieros y crear en Chile un orden dictatorial, autoritario en donde se pudieran hacer negocios son tantos “problemas legales”. En virtud de todo lo mencionado, Salazar coincide de alguna forma con Villalobos, cuando señala que Portales se dedica a la política como una forma subsidiaria que favorezca sus propias pretensiones comerciales futuras, pero claramente Salazar pone el énfasis en los daños colaterales que causó a los comerciantes menores y a los gremios productores que a la persona de Portales per se.

IX. En suma

Al tratar de develar el trabajo historiográfico de estos tres reconocidos historiadores, se pretende lograr, a través de una comparación, las diversas tendencias o corrientes en que ellos se basan para elaborar una construcción histórica y cómo sus diferencias o semejanzas permiten aproximaciones heterogéneas al sujeto u objeto de estudio.

No obstante a lo anterior, a la vez se quiere demostrar si a lo largo de los años estos historiadores realmente han podido (o no) construir una nueva historia, distinta de la tradicional o clásica; o bien, han estimulado sus estudios en orden a crear una idea progresista de la historia, en el sentido de mejora; o, por último, si la historia de Chile se estancó durante algún período determinado o si está todavía en esa situación. Para ello, se acudirá a la mayor cantidad de bibliografía posible de los diversos autores con la idea de advertir las diferencias, semejanzas o innovaciones que hagan entre ellos o bien para con las corrientes que parecen sustentar su trabajo historiográfico.

Es de este modo como se puede apreciar que la historiografía de estos tres autores difiere en la forma y en el fondo, pues se puede pasar de una historia positivista, con un análisis somero de las fuentes, eliminando perspectivas (Vial) a otra más arriesgada, pero no por ello menos conservadora, aunque con algunas variantes progresistas que evidencian una mejor indagación y análisis historiográfico (Villalobos), hasta llegar a una nueva visión de la historia social que considera relevante no sólo al sujeto que sirve de excusa al estudio, sino que a los grupos menos depauperados (Salazar), aunque como se aprecia, se puede criticar esta última postura,

ya que no recurre directamente a dichos grupos, sino que a las élites dominantes para reenfocar el estudio que se había venido realizando en las décadas anteriores.

En definitiva, las tres posturas pueden ser consideradas como apropiadas para el estudio historiográfico, ya que entregan (u ocultan) luces en torno a un mismo personaje histórico, Diego Portales, a partir de las mismas fuentes, pero siguiendo perspectivas distintas para el mismo tema, lo que no hace sino recordar a la nueva historia política en cuanto a que se deberían estudiar “las diferentes fuerzas sociales en aquellas actividades que atañen a la organización grupal...”, teniendo como objeto primordial el descubrimiento de las bases socioeconómicas de los fenómenos ligados al poder” (García de los Arcos, 1992, pp. 58-60), en virtud de lo cual la prosopografía de personajes históricos como Diego Portales ayudaría ostensiblemente, pero ya no como objeto principal de estudio, sino que como excusa para analizar e interpretar dimensiones hasta ahora desconocidas dentro de la historia nacional.

Referencias

Específicas

- Lorenzo, S. & G. Vial. (2007). *Chilenos del Bicentenario. Los hombres y mujeres que cambiaron la historia. Diego Portales y Manuel Bulnes*. Santiago de Chile: Ediciones Aifos Ltda.
- Salazar Vergara, G. (2012). *Diego Portales. Monopolista, sedicioso, demoleedor (Juicio ciudadano a una anti-demócrata)*. Santiago de Chile: Editorial USACH.
- Salazar Vergara, G. (2009). *Mercaderes, empresarios y capitalistas (Chile, siglo XIX)*. Santiago de Chile: Editorial Sudamericana.
- Salazar Vergara, G. (2007). *Construcción de Estado en Chile (1800-1837). Democracia de los “pueblos”. Militarismo ciudadano. Golpismo oligárquico*. Santiago de Chile: Editorial Sudamericana.
- Salazar Vergara, G. (2000). *Labradores, peones y proletarios. Formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX*. Santiago de Chile: LOM.
- Salazar Vergara, G. & S. Grez (compiladores). (1999). *Manifiesto de historiadores*. Santiago de Chile: LOM.
- Vial Correa, G. (2006). *Chile, Cinco siglos de historia. Desde los primeros pobladores prehispánicos, hasta el año 2006*. Tomo 1 y 2. Santiago de Chile: Editorial Zig-Zag.
- Vial Correa, G. & otros. (2000). *Chile (1541-2000). Una interpretación de su historia política*. Santiago de Chile: Editorial Santillana.
- Vial Correa, G. (1994). *Historia de Chile*. Santiago de Chile: Editorial Santillana.
- Villalobos Rivera, S. (2007b). *Historia de los chilenos*. Tomo 2. Santiago de Chile: Taurus.
- Villalobos Rivera, S. (2007a). *La historia por la historia*. Osorno: Editorial Universidad de Los Lagos.
- Villalobos Rivera, S. (1996). *Chile y su historia*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- Villalobos Rivera, S. & otros. (1989). *Historia de Chile*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- Villalobos Rivera, S. (1989). *Portales, una falsificación histórica*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.

Generales

- Chartier, R. (2006). *Cultura escrita, literatura e historia*. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- Chartier, R. (2002). La historia hoy en día: dudas, desafíos, propuestas. En Ignacio Olabanni. *La nueva historia cultural: la influencia del posestructuralismo y el auge de la interdisciplinarietà*. Madrid: Editorial Complutense.

- Chartier, R. (1992). "El mundo como representación". Cap. 2, en *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*. Barcelona: Gedisa Editorial.
- Encina, F. & L. Castedo. (1976). *Resumen de la Historia de Chile*. Tomo II (1822-1879). Santiago de Chile: Editorial Zig-Zag.
- Eyzaguirre, J. (2004). *Historia de las instituciones políticas y sociales de Chile*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- Fuentes Muñoz, M. (2007). *Gabriel Salazar y la "Nueva Historia". Elementos para una polémica desde el marxismo clásico*. (Seminario de grado para optar al grado de licenciado en historia). Universidad de Chile.
- García de los Arcos, M. F. (1992). El misterio del pequeño número o sobre la historia del poder: una aproximación a la nueva historia política. *Revista Iztapalapa: "Método e Historia"*, 12 (26), 55-75.
- Gazmuri, C. (2006 y 2009, respectivamente). *La historiografía chilena (1842-1970)*. Tomo I y II. Santiago de Chile: Editorial Taurus.
- Ginzburg, C. (2004). El nombre y el cómo. Intercambio desigual y mercado historiográfico. Cap. II, en *Tentativas*. Rosario: Prohistoria Ediciones.
- Iggers, G. (2012). *La historiografía del siglo XX. Desde la objetividad científica al desafío posmoderno*. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica.
- Lastarria, J. V. (1973). *Don Diego Portales. Juicio Histórico*. Santiago de Chile: Editorial del Pacífico.
- Navarro Espinach, G. (2002). Muñoces, Marcillas y otras familias dominantes en la ciudad de Teruel (1435-1500)". *Anuario de Estudios Medievales*, 32 (2), p. 727.
- Ranke, L. von. (2011). *Theory and Practice of History*. London, New York: Routledge.
- Silva Castro, R. (1969). *Ideas y confesiones de Portales*. Santiago de Chile: Editorial Zig-Zag.
- Regalado de Hurtado, L. (2002). *El rostro actual de Clío. La historiografía contemporánea: desarrollo, cuestiones y perspectivas*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Sharpe, J. (1991). Historia desde abajo. *Formas de hacer historia*. Cap. II. Madrid: Editorial Alianza.
- Téllez Alarcía, D. (2002). D. Ricardo Wall: De la biografía, la narratividad, la prosopografía, el hipertexto y otras especies, *Tiempos Modernos: Revista electrónica de historia moderna*, 3 (7).